

Tres tristes fracasos de la oposición venezolana

JUAN ALBERTO SÁNCHEZ :: 29/05/2019

Pareciera complicado entender por qué a los opositores venezolanos les sale todo mal

O cómo consiguen adoptar con tal facilidad las determinaciones incorrectas. Incluso en dilemas cuya decisión pertinente saltaría a la vista, como la de participar o no en unas elecciones. Siempre pensé que algo es mejor que nada, pero ese criterio no va con ellos, que tienen claro lo contrario.

En diciembre de 2005, digamos, los cuatro partidos de oposición con mejores opciones de voto se retiraron de los comicios legislativos por «falta de garantías» en un sistema avalado por prestigiosos observadores internacionales. Dejaron ir de las manos un tercio de la Asamblea Nacional a cambio de nada. Eligieron la particular división del cero por otro cero: nada entre nadie.

No sé qué ganaron, pero los cabecillas quedaron contentos con eso; los seguidores, no tanto. Una actitud desprovista de la honorabilidad pretendida, y, en cambio, una monumental tontería. Los casos, lejanos y recientes, abundan.

La razón que me sale a flote en el análisis del continuo desastre es que se trata de un entramado de causas, empezando por el liderazgo, siempre hecho un ovillo. Los egos y las ínfulas han impedido la unión de un partido con otro, mucho más la adhesión de un movimiento a otro.

Los jefes políticos opositores fueron cortados con igual tijera y armados con igual molde, pero cada uno se cree de mejor familia que los demás del mismo vecindario. Y, si bien todos son de noble cuna, ninguno tiene lo que no otorga la cuna: nobleza.

No en cuanto a disfrutar o no de algún título del reino, que quizás puedan detentarlo, sino en la acepción de generosidad. Apenas son individuos de familias adineradas y comprobada «pata de grulla», es decir, pedigrí, que montan congregaciones políticas ambiciosas y resentidas.

Junto a la de estas articulaciones desconectadas de la realidad y con bases sociales endebles, inconstantes y desilusionadas, el desbarajuste tiene otras fuentes que se agregan y conjugan: talante insidioso de dirigentes y mentores, despreocupación, veleidades, desorganización, corrupción y muchísima torpeza.

En la orilla opuesta hay bondades, desde luego. Las tuvo Hugo Chávez y ha de tenerlas Nicolás Maduro para sortear los obstáculos en mandos que han sido verdaderos campos minados por dentro y desde afuera.

Pero no hay que ser genios para comprender que aun cometiendo errores el Gobierno tiene asegurada la conducción de Estado, mientras las fuerzas rivales continúen regodeándose en necedades y la estrategia sea un mero acto de fe: creer que los sabotajes los llevarán al

poder y que el presidente auténtico caerá en cuestión de días. Cumplieron veinte años sosteniendo el infundio y veintiuno creyéndoselo.

La oposición de Venezuela, sólo en 2019, con el auspicio y confabulación de la actual Administración estadounidense, que tiene de intuición lo que los compinches de listos, emprendió tres ataques frontales. Tres fiascos. Tres acciones lunáticas, dañinas, eso sí, que no diferencian el bando afectado y dañan más aliados que adversarios, como las operaciones de la guerra quirúrgica y las incursiones de precisión con drones, que asesinan más civiles que combatientes y pulverizan más hospitales y escuelas que objetivos bélicos.

Fiasco uno: la caridad trucada.

La primera maniobra fue el intento de ingreso de una ayuda ni pedida ni querida por el Gobierno legítimo. La intromisión humanitaria contra un país que afronta dificultades, sobre todo, porque los propios Estados Unidos, los promotores del paliativo, lo sometieron a un drástico bloqueo que en los últimos meses ha sido feroz asedio.

La ayuda entraría de la mano de la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID), el organismo con mayor desprestigio en Venezuela y el hemisferio por su concepción de probeta en un laboratorio de la CIA y sus antecedentes injerencistas.

Y porque el obsequio no sirve o viene envenenado, según lo experimentaron los bolivianos hace años con la ayuda alimentaria recibida del organismo, transgénica, no apta para consumo humano. La USAID, finalmente, en 2013, fue expulsada de Bolivia por conspirar e inmiscuirse en los asuntos internos.

La verdad es que ayuda humanitaria es una frase que en el juego de engaños estratégicos contemporáneos es un sinsentido entre tantos. La burla que duele por su carencia, precisamente, de humanidad.

Edward W. Said, en Humanismo y crítica democrática, ya en 2004 ofrece un ejemplo de la práctica recién iniciada entonces y que no deja de ser recurrente:

«Sin ir más lejos, el bombardeo de Yugoslavia por parte de la OTAN en 1999 se calificó de «intervención humanitaria», pese a que muchas de sus consecuencias sorprendieron a la gente por su profunda falta de humanidad».

A través de Cúcuta intentaron ingresar los mismos diputados incendiarios y los jóvenes tirapiedras de la plaza Altamira de Caracas, que el día anterior habían atravesado el país de cabo a rabo a bordo de cinco buses y docenas de automóviles.

¿Viajaron novecientos kilómetros para cruzar de vuelta la frontera con paquetes de arroz y libras de sal? ¿Se desplazaron sólo para asistir al Venezuela Aid Live a ver unos cantantes mediocres jubilados y otros con los que beben trago en Miami? ¿O hubo algo podrido en Dinamarca?

El 23 de febrero de 2019 quedará en la memoria histórica como el día de los juegos del hambre en que unos señores pudientes se valieron de la escasez y las penurias de la

población e intentaron en vano llegar a la meta de Miraflores para plantar su bandera tricolor de siete estrellas.

Siete, sí, porque el orgullo les impide aceptar la estrella adicional soñada por Bolívar, Libertador de los venezolanos y de cinco naciones suramericanas, que representa la provincia de Guayanay que Chávez concretó 189 años después. Pero los señores, por suerte para los pobres de una tierra tan rica, se quedaron con los crespos hechos y las ocho estrellas.

Fiasco dos: la patria apagada.

La estrategia de atentar contra la infraestructura eléctrica no es sutil ni nueva. Los estadounidenses la utilizaron en Irak y Libia, donde destruyeron plantas y torres de energía, cortaron el suministro de agua y envenenaron las fuentes naturales que no pudieron romper ni frenar con sus bombas poderosas.

Puede haber habido descuido en la inversión gubernamental y que la red eléctrica haya requerido mayor mantenimiento. No lo sé. Pero es insensato tratar de convencer a la población y a la comunidad internacional de que la sucesión de apagones fue producto del azar o del infausto destino. Al mecanismo apelan desde hace años, y ha ocasionado grandes perjuicios y cobrado decenas de vidas.

La causalidad no se tapa con el trapo roto de la casualidad. No solamente fue un grupúsculo de saboteadores con ideas locas, sino una organizada banda de criminales que abarcó, desde operarios y técnicos saboteadores del sistema, hasta desentonados dirigentes. Y congresistas estadounidenses. Uno, cuando menos: Marco Rubio, que a 23 minutos del ataque confirma que los generadores de respaldo también fallaron. Y sí, con certeza, «fallarían». ¿Cómo lo supo en tiempo real?

Horas antes de los atentados, al mediodía del 7 del marzo, Rubio lo profetizó durante una audiencia sobre Venezuela en el Subcomité de Relaciones Exteriores del Senado: «Venezuela va a entrar en un período de sufrimiento que ningún país de nuestro hemisferio ha enfrentado en la historia moderna».

¿Un talento para inferir por adelantado las cosas fatídicas que propicia? ¿Una potente clarividencia para lo conveniente? ¿Un irresponsable que trina por trinar y alarma a una población angustiada? ¿El sadismo vistoso de un degenerado con pretensiones políticas? ¿Alguien presto a servirles de caja de resonancia a saboteadores furibundos? O Rubio sabía de antemano el delito en el que incurrirían sus incondicionales.

Fiasco tres: la fórmula del golpe.

No hay duda de que los opositores venezolanos han seguido una y otra vez y con esmero los pasos del «golpe suave» de Gene Sharp (1994), y que han puesto en práctica los 198 métodos (y unos más) que describe el ideólogo estadounidense en *De la dictadura a la democracia*, el pestilente manual de guerra y muerte que sermonea sobre el exabrupto de las violencias. Un instrumento que ha funcionado en muchas partes, mas no en Venezuela.

¿Las razones? Quizás de luz mirar los pasos dados por Juan Guaidó en el reciente intento de golpe contra el presidente Maduro. En la elaboración de la secuencia me apoya un personaje conocedor del intrínquilis del poder en Venezuela, que evade la «cita citable» por sensatas razones de cautela. He aquí varios puntos de referencia de la defectuosa estrategia golpista.

Guaidó busca aliados para llevar a cabo el golpe en la Guardia Nacional, el componente peor armado y más indisciplinado de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana (FANB), y en el Servicio Bolivariano de Inteligencia Nacional (Sebin), la policía política sin poder de fuego y con un comisario general recién nombrado, y excluye a los demás componentes.

Empieza tomándose el zaguán de una casa y no la instalación militar a la que pretende ingresar. No es maniobra de despiste. Concentra las fichas de ataque en la casa de Leopoldo López, su rico jefe y secuaz de atentados y pedreas, y después sí va a la base aérea La Carlota. Cuando llegó, por supuesto, nadie ignoraba el golpe en desarrollo. Malgastó el factor sorpresa y calcinó las tácticas de distracción.

Instaló después el cuartel general del golpe en un puente, es decir, una estructura sin defensas, abierta por los cuatro costados, a tiro limpio de los escopetazos de goma (o de lo que fuera) y los gases lacrimógenos de una base de operaciones castrenses adyacente.

El primer dirigente opositor al que recibe es un adeco de vieja data vestido cual invitado del fastidioso comediante Jaime Baily. Hablo de Edgar Zambrano, que se presenta con saludos marciales mal hechos ante reclutas que lo saludan y violan de paso la contundente jerarquía. Todo transmitido, para que no quepa duda, en vivo y en directo.

El primer apoyo internacional viene del presidente Iván Duque, el vecino entrometido de la barriada, provocando el rápido rechazo en las fuerzas armadas, tradicionalmente adversas a los injerencistas gobiernos colombianos. Se refuerza así el secreto a voces de que Guaidó es una marioneta de fuerzas extranjeras y aumenta la convicción nacionalista de los leales a Maduro.

Guaidó llama al pueblo a las calles, no se sabe a qué ni adónde. No aparece todavía un oficial de alto rango asumiendo la responsabilidad del golpe, y apenas comienzan los enfrentamientos abandona el puesto de mando y se refugia en la plaza Altamira con los amigotes. Deja a su suerte a los uniformados de baja categoría del cortejo, que se rinden en un santiamén y alegan ante los micrófonos que fueron vilmente engañados. Se declaran al unísono, claro está, leales a Chávez y Maduro.

Se toma la habitual fotografía en el distribuidor de Altamira rodeado por trescientos o cuatrocientos allegados, y lanza las escuálidas huestes de jóvenes guarimberos a enfrentar las tanquetas a pecho descubierto. Urge a los partidarios para concentrarse frente a las dispersas unidades militares del país, todas bajo control gubernamental.

El supuesto líder del golpe se rodea de compañeros de armas para la foto y en actitud cordial rechaza cualquier vinculación con los golpistas. Los sublevados de verdad piden asilo. La esposa y los hijos de Leopoldo miran a Guaidó por la tele de la embajada de Chile. No ven a papi porque papi se esfumó por la puerta entreabierta de la embajada de España.

Al terminar la jornada, Guaidó considera como un gran triunfo lo acontecido y nunca sucedido. No dice ni mu sobre la soldadesca presa; agradece, cómo no, a la comunidad internacional, y emplaza a la Fuerza Armada a seguir avanzando. Si hubiera leído el Martín Fierro (1872) habría tenido la ocasión más propicia en lo que va del siglo para citarlo: «...algún día hemos de llegar / después sabremos a dónde». Y si hubiera leído algo alguna vez se habría quedado callado.

Pero no. Y como si nada hubiera pasado convocó a los partidarios a la marcha del Primero de Mayo, una fecha emblemática de la izquierda mundial y otro búmeran que le daría en la frente recién empolvada.

Rubio, semanas antes, en el trino citado, señaló: *#MaduroRegime is a complete disaster* («el régimen de Maduro es un completo desastre»). Pasados los meses, la caravana humanitaria ni de carambola, saboteado el sabotaje eléctrico, los Estados Unidos con un duplicado problema que no tenían, desechada la guerra civil porque no hay con quién, la invasión ni en veremos y Guaidó desleído como calamar en su tinta, ¿aún creará el congresista mayamero que Maduro es el completo desastre? Espejito, espejito... ¿quiénes somos los más imbéciles del reino?

CLAE

https://www.lahaine.org/mm_ss_mundo.php/tres-tristes-fiascos-de-la